

# La atención, corazón de la educación, en Simone Weil

*The attention, heart of education in Simone Weil*

---

CARMEN HERRANDO\*

**Resumen:** ¿Qué sería de la vida humana sin atención? ¿Qué sería, sobre todo, del aprendizaje, de la reflexión, de la misma educación y de la vida intelectual, en general, sin una práctica en conciencia de la atención? Uno de los textos más conocidos de la filósofa francesa Simone Weil fue destinado a ayudar al dominico Joseph Marie Perrin, responsable en la zona francesa no ocupada de los jóvenes estudiantes de Acción Católica. Simone Weil le brindaría este texto como ayuda en su misión de acompañar a estos jóvenes en su vida personal y en sus estudios; se trata de las “Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor a Dios”. La autora da consejos admirables a su amigo dominico, y el texto resulta una joya que vale la pena comentar en un congreso sobre “persona y educación”. Se puede decir, sin exagerar, que la atención es el *organon* del pensamiento weiliano, un pensamiento que se va desentrañando cada vez más, y en el que, sin que la filósofa lo hubiese pretendido, se da una sistematicidad que no parecía existir al principio, cuando se creía que se trataba de un pensamiento hecho a base de aforismos. Que la atención es central en Simone Weil se pone de manifiesto en toda su obra. Sin embargo, no se puede decir que Simone Weil sea una autora personalista. Esto se ve en sus últimos escritos, especialmente en el que muchos estudiosos consideran el testamento de la filósofa: “La personne et le sacré” (“La persona y lo sagrado”, recogido en *Écrits de Londres et dernières lettres*); pero esta cuestión no cabe en estas consideraciones sobre los estudios escolares, y habría que situarla en la dimensión mística del pensamiento weiliano, un terreno bien distinto.

**Palabras clave:** atención, educación, espera, silencio, εν υπομονη (inmovilidad atenta, espera firme).

**Abstract:** What would human life be without attention? What would learning, reflection, education and intellectual life in general be without developed habits of attention? The French philosopher Simone Weil addressed such questions in one of her best-known texts, which she wrote to help the Dominican Joseph Marie Perrin, who at the time was responsible

---

\* Universidad San Jorge (Zaragoza). E-mail: mcherrando@usj.es

for the young students of Catholic Action in the unoccupied part of France. Weil sent this text to aid her friend in his mission to assist these young people in their personal and academic lives. Indeed, the philosopher provides the Dominican admirable advice in "Reflections on the Right Use of School Studies with a View to the Love of God", which deserves to be discussed in a conference dedicated to the theme of "persona y educación". Without the fear of exaggerating, it can be claimed that attention is the *Organon* of Weil's philosophical thought. And indeed, she continued to grapple with this issue and, although the philosopher did not set out to do so, this process reveals a structure that had not seemed to have originally been there, when it was believed that her thought was built around aphorisms. Certainly, the centrality of attention to Weil's thought can be found throughout her oeuvre. That, however, is not to say that she was a personalist. This becomes clear in her final writings, especially "La personne et le sacré" ("Human personality", found in *Écrits de Londres et dernières lettres*), which many scholars have taken as the philosopher's final testament. Such a topic, however, does not pertain to her considerations about school studies, but rather it must be placed in a different realm of Weilian thought, the mystical one.

**Keywords:** attention, education, wait, silence, εν υπομονη (vigilant stillness, firm wait).

Recibido: 15/05/2018

Aceptado: 13/01/2019

---

*La atención debería ser el único objeto de la educación.  
También en el aprendizaje.*

(Simone Weil, *Cahier VI*)

A comienzos de los años cuarenta, en plena II Guerra Mundial, Simone Weil se encuentra en Marsella; huye con sus padres del París ocupado, con la expectativa de conseguir un visado para los Estados Unidos. Son una familia judía, amenazada, como tantas otras familias judías, por el régimen nazi, que extendía sus tentáculos por toda Europa. Los Weil abandonaban París el 13 de junio de 1940, la víspera de la declaración de la capital francesa como "ciudad abierta"; salieron hacia el sur "con lo puesto", como se suele decir, y tras pasar por Nevers, Vichy y Toulouse, se instalarían en Marsella en el mes de septiembre. En Marsella residieron

hasta mayo de 1942, momento en que la filósofa y sus padres se embarcaban hacia los Estados Unidos de América. Pero a finales de aquel mismo año, una vez quedaron sus padres instalados en Nueva York, Simone Weil volvería a embarcarse rumbo a Londres porque la desazón que le generaba haber abandonado su país, y con él una Europa sometida al totalitarismo nazi, se le hacía insoportable. En Londres trabajó para la organización resistente *Francia Libre*, donde se le encomendó redactar su visión sobre la Francia y la Europa que habría que reconstruir tras la guerra. Fruto de ello fue *L'Enracinement (Echar raíces o Raíces del existir)*, un libro que dejó inacabado debido a su muerte temprana en agosto de 1943, y que fue considerado por el premio nobel Albert Camus un auténtico “tratado de civilización”.

## 1. Joseph Marie Perrin

La etapa de Marsella fue muy rica para Simone Weil: encuentros, mucha lectura, la redacción de buena parte de sus *Cahiers*... En Marsella, en el verano del 41, comenzó a frecuentar el convento de los Dominicos, que aún sigue en la calle Edmond Rostand. A primeros de junio<sup>1</sup> la pensadora emprendería conversaciones con Joseph Marie Perrin, un sacerdote dominico con quien también tejió una amistad profunda, hasta el punto de confiarle buena parte de sus escritos cuando partiera hacia América. Simone Weil se había acercado al cristianismo y sentía una gran necesidad de consultar con el sacerdote las posibilidades que ella tenía de ser cristiana y de ser admitida en la Iglesia católica.

Joseph Marie Perrin es el nombre religioso de Michel Perrin (1905-2002). Desde muy joven se sintió llamado a la vida religiosa, pero a los once años una retinitis pigmentaria comenzó a dejarlo ciego. Su padre había muerto en el frente en 1915, pero su madre comprendió lo que iba a suceder y lo introdujo en la lectura por el método Braille, de manera que pronto se familiarizó con esta práctica y con la máquina de escribir, y pudo así continuar sus estudios. Los Dominicos le concedieron las dispensas necesarias para ingresar en la Orden de Predicadores, y a los 19 años pronunciaba sus primeros votos y adoptaba el nombre de Joseph-Marie; tras terminar los estudios de Teología, fue ordenado sacerdote en 1929.

---

<sup>1</sup> Concretamente, el 7 de junio, sábado, a las 10 de la mañana. Véase J. M. PERRIN, *Mon dialogue avec Simone Weil*, Nouvelle Cité, París 1984, pp. 63 y ss. Simone Weil le había enviado poco antes una carta solicitándole una conversación con él.

En el convento de Marsella, en la época en que allí vivió Simone Weil, Joseph-Marie Perrin, además del ministerio de la predicación, tenía el encargo de atender a los jóvenes universitarios. Esta última dedicación le había sido confiada en 1937, y desde entonces venía explicando a los jóvenes estudiantes de la JEC (Juventud Estudiante Cristiana) el peligro que suponía el nazismo y la necesidad de hacerle frente con firmeza. Para ello se sirvió de manera especial de la encíclica de Pío XI *Mit Brennender Sorge* (marzo de 1937); pero visto el desarrollo de los acontecimientos, en 1940 continuaba su lucha y buscaba personas mentalizadas de la gravedad de la situación por la que pasaba Europa; con ellas difundiría el primer impreso cristiano clandestino del momento en Francia: *La voix du Vatican* (*La voz del Vaticano*), que reproducía textos de los programas emitidos por Radio Vaticano. Llegaron a salir treinta números.

Desde que se firmó el armisticio (1940), el padre Perrin atendió a refugiados alemanes y austriacos antifascistas, que fueron las primeras víctimas del nazismo; a muchos los acogía en el convento y les ayudaba a conseguir visados y pasaportes para huir al extranjero. Pero pronto vio la necesidad de admitir también a personas judías, y alojarlas, en no pocas ocasiones, en el propio convento; en esto contó con el apoyo del prior, padre Parseval, y de otros dominicos de la comunidad, entre los que sería injusto no nombrar al padre Boulogne. Por esta misión, que salvó a bastantes judíos interceptados por la policía francesa al servicio de los alemanes, Joseph-Marie Perrin recibió en el año 2000 el reconocimiento de *Justo entre las naciones* por el Instituto Yad Vashem de Jerusalén.

Joseph-Marie Perrin fue un colaborador activo de los *Cahiers du Témoignage Chrétien* (*Cuadernos de Testimonio Cristiano*)<sup>2</sup>, que jugaron un importante papel de apoyo a la Resistencia, y en cuya difusión también colaboraría muy activamente Simone Weil. Fue precisamente él quien puso en contacto a Marie-Louise David, una joven profesora de Historia que era la responsable de los *Cahiers du Témoignage Chrétien* en seis departamentos del sureste de Francia, con Simone Weil. Desde diciembre del 41 hasta la partida de Simone Weil en mayo del 42, se veían a diario merced a esta colaboración de Simone Weil en la propagación de los *Cahiers*.

Se suele hablar de tres fases en los encuentros entre Joseph-Marie Perrin y Simone Weil: la correspondiente a las primeras entrevistas, que tuvo lugar en el verano del 41 y sería interrumpida por la estancia de Simone

---

<sup>2</sup> Los fundó el padre Pierre Chaillot, de la Compañía de Jesús, y se publicaron entre noviembre de 1941 y julio de 1944 (trece, en total). Sus principales redactores fueron jesuitas: Gaston Fessard, Henri de Lubac, Yves de Montcheuil, Pierre Ganne, Henri Chambre, el pastor Roland de Pury, y también laicos de renombre como Jean Lacroix o Georges Bernanos.

Weil en la finca del escritor católico Gustave Thibon (Thibon era amigo del padre Perrin, y fue quien facilitó a Simone Weil trabajar en el campo y realizar, poco más adelante, las labores de vendimiadora); la etapa que va desde noviembre de 1941 hasta marzo del 42, centrada en las dudas de Simone Weil acerca del bautismo y sobre su posible pertenencia a la Iglesia; y el último periodo, durante los meses de abril y mayo de 1942, en que los encuentros con el dominico fueron menos frecuentes pero más largos y profundos, y giraron en torno a las experiencias “crísticas” de Simone Weil, esto es, su relación con Cristo mismo, tanto por su presencia en la Eucaristía como por su centralidad en la propia vida de la filósofa.

De las últimas conversaciones dirá el padre Perrin que trataban fundamentalmente sobre “el amor de Dios”, aunque es inevitable preguntarse qué puede significar el amor divino para una persona que hasta hacía poco tiempo se decía agnóstica, y aun atea. Es claro que para Simone Weil lo representó casi todo, pues, sorprendentemente, sin esperarla, recibió la gracia de la vivencia mística; pero su gran inquietud radicaba entonces en lo que podía suponer este amor –que ella experimentaba vivamente– en personas que seguían considerándose ateas o agnósticas. En esta frontera se sitúa Simone Weil, y desde ella tomaría la decisión de permanecer en el umbral de la Iglesia, sin pasar adentro, pensando en las legiones de gentes que nunca darían el paso hacia la fe, y desgarrada por dentro ante dos realidades cuya existencia simultánea la desconcertaba: la realidad de Dios y la realidad de la desdicha de los hombres. “Hay una sola ocasión en la que ya no sé verdaderamente nada de esta certeza [de la realidad divina]. Es el contacto con la desdicha de otros [...]. Este contacto me hace un daño tan atroz, me desgarran el alma de tal manera, que el amor a Dios me resulta casi imposible durante un tiempo”<sup>3</sup>. En más ocasiones hablará Simone Weil de la rotura interior que le producen estas dos realidades: la existencia de Dios y la desdicha de tantas personas.

## 2. La atención

“La atención, en su grado más alto, es lo mismo que la oración. Supone la fe y el amor”<sup>4</sup>, escribe Simone Weil en uno de sus *Cuadernos*.

A los catorce años, Simone Weil padeció una fuerte crisis de adolescencia; estaba obsesionada con la idea de que, debido a la mediocridad de sus facultades naturales, nunca llegaría a conocer la verdad. La bri-

<sup>3</sup> S. WEIL, *Attente de Dieu*, Fayard, París 1966, p. 72 (lettre VI au père Perrin) ; p. 57 de la edición en español (*A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993).

<sup>4</sup> S. WEIL, *CAHIERS*, Œuvres complètes, VI, 2, Gallimard, París 1997, p. 297.

llantez de su hermano André, tres años mayor, que había ingresado en la universidad con un permiso especial al no tener aún la edad requerida, influyó, sin duda, en aquel estado de postración que la llevaría a pensar incluso en el suicidio. (André Weil llegó a ser un famoso matemático). Así lo relata en su *Autobiografía espiritual*, una larga carta que escribe a Joseph-Marie Perrin en mayo de 1942, justo antes de embarcar hacia América: “No lamentaba los éxitos externos, sino el no poder abrigar esperanzas de acceso a ese reino trascendente, reservado a los hombres auténticamente grandes, en el que habita la verdad. Prefería morir a vivir sin ella. Tras meses de tinieblas interiores, tuve de repente y para siempre la certeza de que cualquier ser humano, aun cuando sus facultades naturales fuesen casi nulas, podía entrar en ese reino de verdad reservado al genio, a condición tan solo de desear la verdad y hacer un continuo esfuerzo de atención por alcanzarla”<sup>5</sup>. Este convencimiento habría de animarla toda la vida, y, como escribe más adelante en la misma carta: “Más tarde, cuando los dolores de cabeza vinieron a añadir a las escasas facultades que poseo una parálisis que enseguida supuse, con toda probabilidad definitiva, aquella misma certeza me hizo perseverar durante diez años en unos esfuerzos de atención sin apenas esperanza de obtener resultados”<sup>6</sup>.

La atención, que primero aparece como una intuición certera, se torna pronto para la filósofa en una virtud esencial que tiene que ver tanto con el deber de “probidad intelectual”<sup>7</sup> como con los planos moral y espiritual del ser humano. Se trata de una virtud que Simone Weil cultivará durante toda su vida, y, al mismo tiempo, de un auténtico método para afrontar la realidad, referente central de su pensamiento<sup>8</sup>. Por eso puede afirmarse que la atención se convierte en el alma misma de la filosofía weiliana. La certeza adquirida a los catorce años: que se puede llegar a la verdad practicando la atención (haciendo “un esfuerzo cotidiano de atención”) la volcaría Simone Weil en la realidad, todos los días de su existencia; realidad que es para ella el “resplandor” de la verdad: “La verdad es el fulgor de la realidad. El objeto del amor no es la verdad, sino la realidad. Desear la verdad es desear un contacto directo con la realidad” ,

<sup>5</sup> S. WEIL, *Attente de Dieu*, Fayard, París 1966, pp. 38-39. La traducción está tomada de la edición en español: *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993, pp. 38-39.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 65; p. 52 en la edición en español.

<sup>8</sup> Véase, a este respecto, el libro de R. CHENAVER, *Simone Weil. L'attention au réel, Michalon*, París 2009. Hay traducción en español: R. Chenavier, *Simone Weil. La atención a lo real*, Fundación Emmanuel Mounier (col. Persona, n° 49), Madrid 2014. Traducción de Alejandro del Río Herrmann.

escribe al final de sus días en *L'Enracinement*)<sup>9</sup>. Será en su propia “lectura” del mundo donde Simone Weil lleve a cabo esa sed y esa búsqueda de la verdad que la habitaba desde muy niña; y habría de hacerlo “con toda el alma”, como solía decir ella, haciendo suya una expresión de Platón que su maestro Alain escribía en la pizarra del aula cada comienzo de curso: “Hay que ir hacia la verdad con toda el alma”.

La atención se convierte así en el *organon* de la filosofía weiliana, pues será efectivamente el “método” del que Simone Weil se sirva, sin haber pensado siquiera en método alguno, pues ella no trataba de elaborar ninguna filosofía, ningún sistema; únicamente buscaba explorar lo real, hallar la verdad, como recoge su experiencia de crisis en la adolescencia.

Pero la atención que practica con intensidad y empeño Simone Weil ¿es cualquier atención? El estudioso de su pensamiento Bertrand Saint-Sernin la describe como “este acto perfecto del pensamiento y del corazón, por el cual un ser se encuentra a la vez desposeído de sí mismo y arraigado en otra realidad distinta a él mismo, ya sea el universo o Dios”<sup>10</sup>. La propia Simone Weil habría admirado seguramente esta definición, que plasma con acierto lo particular de la atención weiliana: participan el pensamiento y el corazón, y el sujeto atento queda arraigado en una realidad diferente de sí mismo, que es en la que se vuelca. Nótese la importancia de desalojar el yo, al tiempo que el pensamiento y el corazón se centran en la realidad que quiere ser conocida.

### 3. El regalo de Simone Weil a Joseph-Marie Perrin

En la semana de Pascua de 1942, poco antes de que Simone Weil y sus padres partiesen hacia América, el padre Perrin fue destinado a la comunidad de los Dominicos de Montpellier. Al saber que el religioso cambiaba de lugar de residencia, Simone Weil le obsequió con “uno de los más hermosos regalos que recibí de ella”, como escribe el propio padre Perrin<sup>11</sup>. Simone Weil sabía del compromiso del sacerdote con los jóvenes de Acción Católica; además, por aquellas fechas le constaba que el dominico había predicado un retiro a estos jóvenes. Y precisamente para ayudarle en la tarea de enseñar y acompañar a aquellos muchachos, de velar por la dimensión espiritual de sus vidas, Simone Weil ofrecería a su amigo sacerdote unas reflexiones ante las que el padre Perrin quedó sencillamente maravillado; se trata de las “Reflexiones sobre el buen uso

<sup>9</sup> S. WEIL, *L'Enracinement, Œuvres complètes, V (Écrits de New York et de Londres)*, vol. 2, Gallimard, París 2011, p. 319.

<sup>10</sup> B. SAINT-SERNIN, *L'action politique selon Simone Weil*, Le Cerf, París 1988, p. 96.

<sup>11</sup> J. M. PERRIN, *Mon dialogue avec Simone Weil*, cit., pp. 122-123.



de los estudios escolares como medio de cultivar el amor a Dios”, que forman parte de los *Écrits de Marseille* y se recogen en la edición en español: *A la espera de Dios*. Simone Weil escribió aquel texto pensando especialmente en los jóvenes estudiantes cristianos. Las siguientes palabras del padre Perrin sobre el legado de su amiga filósofa muestran la alta estima en que el dominico tenía a Simone Weil:

Pese a la aparente sobriedad de este texto, podemos imaginar la convicción interior que supone que florezcan estas páginas, escritas junto a otras muchas, en aquellos días, entre los preparativos para la partida, las actividades en la Resistencia (especialmente la difusión de prensa clandestina) y otros trabajos... Me trajo su texto durante uno de nuestros encuentros en la calle Paradis, pero se lo volvió a llevar por distracción, mezclado con otros papeles. Lo encontré en Casablanca, y me lo envió por mediación de Solange Beaumier, como cuenta en su carta del 26 de mayo...<sup>12</sup>.

Es de este trabajo de Simone Weil del que se extraen las ideas sobre la atención que a continuación se exponen. En las reflexiones que la pensadora ofreció al padre Perrin se aprecia también, en parte, la percepción del cristianismo que tenía la filósofa francesa.

Vayan por delante, sin embargo, estos pensamientos acerca de la atención anotados por Simone Weil en sus apuntes personales –los que conocemos como *Cuadernos*– solo unos meses antes, probablemente en enero de 1942; son clara muestra de la importancia que cobra la atención en el pensamiento de nuestra autora. Simone Weil afirma que “La atención debería ser el único objeto de la educación. También en el aprendizaje”<sup>13</sup>. Y pone en paralelo atención y humildad, haciéndolas prácticamente equivalentes: “En el orden de la inteligencia, la humildad no es sino atención. De forma general, la humildad es amor sin retorno sobre uno mismo”<sup>14</sup>. Por las mismas fechas, Simone Weil equiparaba la atención con una mirada desprendida:

Método para comprender las imágenes, los símbolos, etc. No tratar de interpretarlos, sino mirarlos hasta que llegue a brotar la luz. [...] Aplicación de este método para la discriminación entre lo real y lo ilusorio. En la percepción sensible, si no se está seguro de lo que se ve, uno se desplaza y mira a la vez (da una vuelta, por ejemplo), y lo real aparece. En la vida interior, el tiempo reemplaza

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 122-123.

<sup>13</sup> S. WEIL, Cahier VI, *Cahiers*, Œuvres complètes, VI, 2, Gallimard, París 1997, p. 354.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 383.



al espacio. Con el tiempo, somos modificados, y si se mantiene la mirada [la atención] orientada sobre algo, la ilusión se disipa y lo real aparece. La condición es que la atención sea una mirada y no un apego<sup>15</sup>.

Son numerosos los ejemplos que podrían darse de textos en los que Simone Weil considera la atención de manera muy especial y que muestran la centralidad de este valor en su propia concepción del mundo. Pero volvamos a las “Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor a Dios”, las páginas que Simone Weil regaló con toda sencillez al padre Perrin, pensando que le servirían en sus retiros y para sus encuentros con los jóvenes estudiantes de la región de Montpellier. Constituyen un verdadero tratado sobre la atención y contienen consejos muy valiosos para llevar a cabo una buena labor educativa, sobre todo con jóvenes cristianos, pues los escribió, como se ha indicado, para apoyar a su amigo dominico en su labor evangelizadora entre los jóvenes de Acción Católica, en aquel momento difícil por tantas razones. En ellos, la autora vuelca en las reflexiones de sus notas personales lo más entrañable que albergaba en su interior.

“La clave de una concepción cristiana de los estudios radica en que la oración está hecha de atención. La oración es la orientación hacia Dios de toda la atención de que el alma es capaz”. [...] “Los ejercicios escolares desarrollan, claro está, una parte menos elevada de la atención. Sin embargo, son plenamente eficaces para incrementar la capacidad de atención disponible en el momento de la oración, a condición de que se realicen con esta finalidad y solo con esta finalidad”. Y añade: “Aunque hoy parezca ignorarse, la formación de la facultad de atención es el objetivo verdadero y casi el único interés de los estudios”<sup>16</sup>. Se muestra aquí la radical importancia de la atención en el estudio; y como piensa en jóvenes cristianos, la relaciona con la oración para que se entienda más la intensidad de la atención. Pero ya se ha visto que la autora relaciona en otros contextos atención y oración, llegando a equipararlas.

“Jamás, en ningún caso, se pierde un verdadero esfuerzo de atención. Siempre es plenamente eficaz en el plano espiritual y, por consiguiente, lo es también por añadidura en el plano inferior de la inteligencia, pues toda luz espiritual ilumina la inteligencia”. Y pone el siguiente ejemplo, que recuerda lo anotado en los *Cahiers*:

<sup>15</sup> S. WEIL, Cahier VII, *Cahiers*, Œuvres complètes, VI, 2, cit., p. 458.

<sup>16</sup> S. WEIL, Œuvres complètes, IV (Écrits de Marseille), vol. 1, Gallimard, París 2008, pp. 255-256. Versión en español: *A la espera de Dios*, cit., pp. 67 y ss.

“Si se busca con verdadera atención la solución de un problema de geometría y si, al cabo de una hora, no se ha avanzado nada, se ha avanzado, sin embargo, en cada minuto de esa hora, en otra dimensión más misteriosa. Sin sentirlo, sin saberlo, ese esfuerzo, en apariencia estéril y sin fruto, ha puesto más luz en el alma. El fruto se hallará algún día, más adelante, en la oración. Y también se encontrará, sin duda, en cualquier otra dimensión de la inteligencia, quizá completamente ajena a las matemáticas”<sup>17</sup>.

Simone Weil subraya la centralidad de la fe en este terreno: es necesario tener fe, y “el mejor apoyo de la fe –escribe– es la garantía de que, si pedimos al Padre pan, no nos dará piedras”; y esto incluso “al margen de toda creencia religiosa explícita”, pues la autora está convencida de que “siempre que un ser humano realiza un esfuerzo de atención con el único propósito de llegar a ser más capaz de captar la verdad, adquiere esta aptitud más grande, aun cuando su esfuerzo no haya dado frutos visibles”. Y viene a ilustrarlo con este cuento esquimal: “El cuervo, que en la noche eterna no podía encontrar alimento, deseó la luz, y la tierra se iluminó”. O con el ejemplo de san Jean Marie Vianney, el conocido como *cura de Ars*, quien durante años hizo esfuerzos enormes para aprender latín, sin lograr grandes resultados, pero dichos esfuerzos se vieron compensados por “el discernimiento maravilloso que le hacía captar el alma misma de los penitentes, tras sus palabras y hasta tras el silencio”<sup>18</sup>.

Así, afirma Simone Weil, “Hay que estudiar sin deseo alguno de obtener buenas notas, de aprobar los exámenes, de conseguir algún resultado escolar, sin consideración para los gustos o aptitudes naturales, aplicándose por igual a todos los ejercicios, en el pensamiento de que todos sirven para formar la atención que constituye la sustancia de la oración”. [...] “Poner en los estudios esta única intención, con exclusión de cualquier otro fin, es la primera condición para su buen uso espiritual. La segunda condición es obligarse rigurosamente a mirar de frente, a contemplar con atención, durante largo rato, cada ejercicio escolar mal resuelto, con toda la fealdad de su mediocridad, sin buscar ninguna excusa, sin desdeñar ninguna falta ni ninguna corrección del profesor; tratando de remontarse al origen de cada error. La tentación de hacer lo contrario es grande: mirar de lado el ejercicio corregido, si es deficiente, y olvidarse de él enseguida”. E insistirá Simone Weil en la virtud de la humildad, que

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 256.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 257.

va de la mano con una atención así entendida: “Así puede adquirirse, sobre todo, la virtud de la humildad, un tesoro infinitamente más precioso que cualquier progreso escolar. A este respecto, la contemplación de la propia estupidez es quizá más útil incluso que la del pecado. La conciencia de pecado proporciona el sentimiento de que se es malo, lo que puede dar ocasión para gestar cierto orgullo. Cuando uno se fuerza con violencia a fijar la mirada de los ojos y del alma en un ejercicio escolar estúpidamente resuelto, siente con evidencia irresistible la propia mediocridad. Y no hay conocimiento más deseable. Si se llega a conocer esta verdad con toda el alma, es que se está, sólidamente, en el camino verdadero”<sup>19</sup>. Estudiar sin buscar resultados en el reconocimiento, en las notas; y ser capaz de mirar de frente los propios errores. La realidad, una vez más, como principal referente de la autora y como elemento fundamental en la educación. ¿No nos lleva esta reflexión a preguntarnos por el peso que se da actualmente a lo virtual en el estudio a través de las nuevas tecnologías, en detrimento muchas veces de la tan necesaria atención a lo real? Sería interesantísimo conocer lo que hubiese dicho Simone Weil de esta proliferación de las nuevas tecnologías y de muchas de sus aplicaciones en el aula.

“Si se cumplen estrictamente esas dos condiciones, los estudios escolares son un camino hacia la santidad, tan bueno como cualquier otro. Para cumplir la segunda, basta quererlo. No sucede lo mismo con la primera. Para prestar atención, hay que saber cómo hacerlo”, escribe Simone Weil. Y explica que la atención no consiste en ningún esfuerzo muscular o físico, que es el que se lleva a cabo en muchos casos cuando se cree estar prestando atención; tal esfuerzo resulta estéril, pues da la impresión de que se ha trabajado, y en realidad es la voluntad la que realiza ese esfuerzo, que lleva a “apretar los dientes”; la voluntad –escribe Simone Weil– es el arma del aprendiz en el trabajo manual, pero no sucede lo mismo en el trabajo intelectual, ya que para la filósofa “la inteligencia no puede ser movida más que por el deseo”. Y para que haya deseo se precisa alegría, que tiene que ver eminentemente con la realidad: “La alegría es el sentimiento de la realidad”<sup>20</sup>, escribe en sus notas. Y en el texto que nos ocupa: “La inteligencia crece y proporciona sus frutos solamente en la alegría. La alegría de aprender es tan indispensable para el estudio como la respiración para el atleta. Donde está ausen-

---

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 258.

<sup>20</sup> S. WEIL, Cahier VII, *Cahiers*, Œuvres complètes, VI, 2, cit., p. 372.

te, no hay estudiantes, sino pobres caricaturas de aprendices que al término del aprendizaje ni siquiera tendrán oficio”<sup>21</sup>.

Pero la atención no deja de ser un esfuerzo, quizá el mayor de todos; sin embargo, es un esfuerzo que no conlleva fatiga física, ya que cuando la fatiga se deja sentir, la atención a duras penas es posible. “Veinte minutos de atención intensa y sin fatiga valen infinitamente más que tres horas de esa dedicación con las cejas fruncidas, que lleva a decir, con el sentimiento del deber cumplido: ‘he trabajado bien’”<sup>22</sup>. Se trata de un ejercicio de orden espiritual, plenamente espiritual.

Y es que la atención es difícil, muy difícil. Sobre todo, porque, como dirá Simone Weil: “Hay algo en nuestra alma a lo que le repugna la verdadera atención más violentamente de como a la carne le repugna el cansancio. Ese algo está mucho más próximo del mal que la carne. Por eso, cuantas veces se presta verdadera atención, se destruye algo del mal que hay en uno mismo. Si se presta atención con esta intención, un cuarto de hora de atención vale como muchas buenas obras”<sup>23</sup>.

Pero, entonces, ¿en qué consiste la atención? La filósofa lo explica así:

[consiste] en suspender el pensamiento, en dejarlo disponible, vacío y penetrable al objeto, en mantener en uno mismo, próximos al pensamiento, pero en un nivel inferior y sin contacto con él, los diversos conocimientos adquiridos que haya que utilizar. Para con los pensamientos particulares y ya formados, el pensamiento ha de ser como el hombre que, en la cima de una montaña, dirige su mirada hacia delante y percibe a un mismo tiempo, bajo sus pies, pero sin mirarlos, muchos bosques y llanuras. Y, sobre todo, el pensamiento debe estar vacío, a la espera, sin buscar nada, pero dispuesto a recibir en su verdad desnuda el objeto que va a penetrar en él<sup>24</sup>.

Simone Weil explica que cuando se comete un absurdo o un error, en el campo que sea, muchas veces es debido a la precipitación: el pensamiento se adelanta y se atolondra, y el espíritu queda embotado, de manera que no deja espacio a la verdad. “La causa –escribe– es siempre

<sup>21</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV (Écrits de Marseille), vol. 1, cit., p. 259.

<sup>22</sup> *Ibid.*

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 259-260.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 260. Es importante destacar que, en la preparación de sus clases, Simone Weil anota que en la práctica de la atención conviene “aprovechar situaciones de relativa indiferencia en las que el pensamiento puede ser dirigido” (en nota que remite al tomo 1 de *Œuvres complètes*, donde figuran esas notas para preparar los cursos de Bourges).

la pretensión de ser activo, de querer buscar”<sup>25</sup>, y así suele suceder muy a menudo. Concluirá que “los bienes máspreciados no deben ser buscados, sino esperados. Pues el hombre no puede hallarlos por sus propias fuerzas y, si emprende su búsqueda, solo encontrará en su lugar bienes falsos cuya falsedad no sabrá discernir”<sup>26</sup>.

Y la referencia principal de Simone Weil será, una vez más, la verdad como reflejo de lo real. Escribe: “La solución de un problema de geometría no es en sí misma un bienpreciado, pero se le aplica también la misma ley, pues es la imagen de un bienpreciado. Al ser un pequeño fragmento de verdad particular, es una imagen pura de la Verdad única, eterna y viva, esa Verdad que, con voz humana, dijo un día: ‘Yo soy la Verdad’”. De manera que, así planteado el tema, para Simone Weil “todo ejercicio escolar se parece a un sacramento”<sup>27</sup>. La filósofa insiste en la importancia de la verdad y en la centralidad en ella de la Verdad con mayúsculas. Aunque Simone Weil no llegó a bautizarse, y no llegó a ser, por lo tanto, oficialmente “cristiana”, sí lo fue en cierto modo, y puede decirse de ella que era honda y claramente “cristica”, esto es, que tenía a Cristo como principal referente, sobre todo desde que el mismo Cristo se le reveló. La persona de Cristo llegó a ser central en su vida, y así, en otro texto de la época afirmará que “Los estudiantes y los ‘intelectuales’ de toda especie tienen como vínculo con Él [con Cristo] la palabra ‘yo soy la Verdad’”<sup>28</sup>.

Simone Weil insiste en enseñar a los estudiantes, y concretamente a los estudiantes cristianos, estas verdades sobre la atención, según el modo en que cada cual se relacione con los ejercicios concretos en cada campo del saber. Y está convencida de que a los jóvenes que aman a Dios conviene enseñarles a ser como el criado del Evangelio, que permanece en vela esperando el regreso de su señor, pues sabe que a su llegada “el señor sentará al esclavo a la mesa y él mismo le servirá de comer”<sup>29</sup>. Para la autora, es la actitud atenta, la vigilia, la espera anhelante y sumamente despierta, lo que provoca en el señor un derroche de ternura que le hace tomar el papel del siervo y ponerse a servir a quien con tanto anhelo le estaba esperando. “Dichosos –dirá S. Weil– quienes pasan su adolescen-

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 260.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> S. WEIL, “Le christianisme et la vie des champs”, en *Œuvres complètes*, IV (Écrits de Marseille), vol. 1, cit., p. 270. La referencia del Evangelio: *Jn* 14, 6.

<sup>29</sup> *Lc* 17, 8. En el comentario de las *Œuvres complètes* se dice que Simone Weil había escrito primero “serviteur”, pero tachó esta palabra y escribió en su lugar “esclavo” (cit., p. 261).

cia y su juventud cultivando este poder de atención”<sup>30</sup>. Y observa también en su reflexión que no es que los jóvenes que practican esta atención intelectual estén más cerca de Dios que los trabajadores manuales en la fábrica o en el campo, sino que lo están de otra manera. Los últimos –los obreros, en general– “poseen esa cercanía de Dios, de sabor incomparable, que mora en el fondo de la pobreza y de la ausencia de consideración social o de sufrimientos permanentes”. Pero, tomadas en ellas mismas unas y otras ocupaciones, la filósofa dirá que ciertamente “los estudios están más cerca de Dios debido a esa atención que constituye su propia alma”. Por lo que concluirá afirmando que: “quien pasa los años de estudio sin desarrollar la atención pierde un gran tesoro”<sup>31</sup>.

## Conclusión

Simone Weil fue una mujer atenta. Atenta a todos y a todo, pero de manera muy especial a los seres desdichados, a los sufrientes, a los desgraciados. Adoptó una actitud sumamente atenta con quienes se cruzaron en su vida, pues sabía que todo ser humano es, en el fondo, un ser menesteroso. En la carta autobiográfica que escribió al padre Perrin en torno al 15 de mayo de 1942, justo antes de embarcarse hacia América, Simone Weil se refiere al estado de espera en que consiste ejercitar la atención, aludiendo en este caso a su actitud vital ante la Iglesia, que fue la de quedarse de pie, inmóvil, a la espera, en el umbral, sin dar un paso hacia dentro; esta actitud la expresa en griego: *εν υπομονη*, y dice que tal expresión significa algo mucho más hermoso y profundo que *patientia*. En otro lugar explica el significado de *εν υπομονη* con estas palabras: “Es la espera, la inmovilidad atenta y fiel que se prolonga indefinidamente y a la que ningún impacto puede hacer estremecer. El esclavo que escucha junto a la puerta para abrir en cuanto el señor llame es su mejor imagen”<sup>32</sup>.

La atención, según Simone Weil, es fundamental en la vida, y lo es particularmente en los estudios. Atención y realidad. La filósofa invita ante todo al cultivo de la vida interior, a volcarse en lo real “con toda el alma”; quizá a ahondar en la *religación*<sup>33</sup>, un concepto que no conoció, pero que seguramente habría adoptado en cierto sentido.

<sup>30</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV, 1, p. 261.

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> S. WEIL, *Formes d'amour implicite de Dieu*, *Œuvres complètes*, IV, vol. 1 (Écrits de Marseille), cit., p. 324. El texto citado está tomado de la traducción española: *A la espera de Dios*, cit., p. 120.

<sup>33</sup> Puede verse el artículo de C. Herrando: “Simone Weil et Xavier Zubiri. Deux philosophes de la réalité”, *Cahiers Simone Weil*, tomo XXXVII, n° 4, diciembre 2014, pp. 347-364.

Y puesto que estas reflexiones se publican en una revista personalista, es casi obligado decir que Simone Weil rechazó el personalismo por razones para las que aquí no hay espacio ni sería pertinente abordar; mas no rechazaba el concepto de *persona*. En su pensamiento, *persona* designa aquello que diferencia a los seres humanos, la particularidad de cada cual, y, en este sentido, las personas dependen de la necesidad y son irremplazables. Sobre este tema, Simone Weil escribe al final de su vida *La personne et le sacré*<sup>34</sup> (*La persona y lo sagrado*), un documento que los estudiosos vienen a considerar como su testamento espiritual. Es allí donde se dice que en cada ser humano hay algo sagrado, que no es precisamente la persona, pues solo el bien puede ser sagrado. Son muy elevadas aquí las resonancias místicas de la experiencia de la propia Simone Weil. Sirva este apunte para destacar un error que se comete a menudo, y es el de tildar de personalista la filósofa francesa. Los profesores Attilio Danese y Giulia Paola Di Nicola, personalistas italianos, han trabajado estas cuestiones con seriedad<sup>35</sup>.

---

<sup>34</sup> S. WEIL, *Écrits de Londres et dernières lettres*, Gallimard (coll. Espoir), París 1957. Hay traducción en español: *Escritos de Londres y últimas cartas*, Trotta, Madrid 2000.

<sup>35</sup> Véase, por ejemplo: *Persona e impersonale. La questione antropologica in Simone Weil*, a cura di Giulia Paola Di Nicola e Attilio Danese, Rubbertino, Soveria Mannelli (Calabria 2009).